

me acuerdo haberle oído decir muchas veces, hablando entre sí, que quería hacerse^a caballero andante é^b irse á buscar las aventuras por esos mundos. Encomendados sean á Satanás y á Barrabás tales libros, que así han echado á perder el más delicado entendimiento que había en toda la Mancha.»

5 La sobrina decía lo mismo, y aun decía más: «—Sepa, señor maese Nicolás — (que este era el nombre del barbero), — que muchas veces le aconteció á mi señor tío estarse leyendo en estos desalmados libros de desventuras dos días con sus noches, al cabo de los cuales
10 arrojaba el libro de las manos y ponía mano á la espada, y andaba á cuchilladas con las paredes, y, cuando estaba muy cansado, decía que había muerto á cuatro gigantes como cuatro torres, y el sudor que sudaba del cansancio decía que era sangre de las heridas que había recibido en la batalla, y bebíase luego un gran jarro de agua
15 fría, y quedaba sano y sosegado, diciendo que aquella agua era una preciosísima bebida que le había traído el sabio Esquife, un grande^c encantador y amigo suyo. Mas yo me tengo la culpa de todo, que no avisé á vuestras mercedes de los disparates de mi señor tío, para que lo remediaran antes de llegar á lo que ha llegado, y quemaran
20 todos estos descomulgados libros, que tiene muchos, que bien merecen ser abrasados como si fuesen de herejes.

a. ...ser caballero. A., ARR. = b. .. y irse. BR., AMB., TON.
c. ...gran encantador. BR., AMB.

15. ...aquella agua era una preciosísima bebida que le había traído el sabio Esquife. — Curioso observador, Cervantes hace decir á la sobrina de D. Quijote, al fin sencilla aldeana, una de esas simplicidades de las que tantos ejemplos nos ofrecen, no ya los que moran en humilde aldea, sino hasta los habitantes en populosas ciudades. En éstas, más bien que en aquéllas, óyese: *tren fenicular* y *voy de inepto*, por *funicular* y *voy de incógnito*, respectivamente.

¿No salieron á la vergüenza en un acto académico (1) las transformaciones de las frases latinas: *Deum de Deo*, en *dé donde diere*; *ad vultum tuum*, en *al buen tuntún*, y la del francés: *plait pas*, en *plepa*? No en burlas, sino con toda su alma, se ha oído decir: *Torre infiel* por *Torre Eiffel*, *pozos artesanos* y *extracto de carne de liebre*, en lugar de *pozos artesianos* y *extracto de carne de Liebig*.

Transformar al marido de Urganda, *Alquife*, nombre que acaso sonaba por primera vez en los oídos de Antonia Quijana, en *esquife*, ó sea pequeño barco, es una nota cómica propia de quien en todo momento supo jugar con la lengua.

Lo prueba el hecho de que, en la I parte, cap. 43, y en la II, cap. 34, se dice *Alquife*, que tal es el verdadero nombre de este sabio ó encantador.

(1) En el *Coloquio de los perros*, y en el *Quijote*, II parte, cap. 71, lo había notado ya Cervantes.

— Esto digo yo también, — dijo el cura, — y á fe que no se pase el día de mañana sin que dellos no se haga acto^a público y sean condenados al fuego, porque no den ocasión, á quien los leyere, de hacer lo que mi buen amigo debe de haber hecho. »

Todo esto estaban oyendo el labrador y D. Quijote, con que
5 acabó de entender el labrador^b la enfermedad de su vecino; y, así, comenzó á decir á voces: «—Abran^c vuestras mercedes al señor Valdovinos y al señor Marqués de Mantua, que viene mal ferido, y al señor moro Abindarráez, que trae cautivo el^d valeroso Rodrigo de Narváez, alcaide de Antequera. »

10 Á estas voces salieron todos, y como conocieron los unos á su amigo, las otras á su amo y tío, que aún no se había apeado del jumento, porque no podía, corrieron^e á abrazarle. Él dijo: «—Ténganse todos, que vengo mal ferido por la culpa de mi caballo: llévenme á mi lecho, y llámese, si fuere posible, á la sabia Urganda,
15 que cure^f y cate de^g mis heridas.

— ¡ Mirá^h en hora malaⁱ — dijo á este punto el ama, — si me decía

a. ...auto. CL., RIV., ARG., MAI., BENJ., FK. = b. *Todo esto estaba oyendo el labrador, con que acabó de entender la enfermedad.* ARG., BENJ. = c. *Abren.* V., = d. ...al. AMB. = e. ...corrieron todos á abrazarle. AMB. = f. ...cure. L., BR., = g. *Omiten de.* CL., RIV. = h. *Mira.* V., AMB., TON., A., ARR., GASP., MAI. — *Mirá.* PELL. = i. ...maza.

C., L., V., MIL., AMB., TON., FK. Aunque para la mayoría de los lectores no sea nueva esta variante, ya que no ignoran que antes y después de publicarse el *Quijote* estaba en uso dicho vocablo; con todo eso, hemos adoptado la innovación de la Academia en obsequio á los lectores menos instruidos en materia de arcaísmos.

1. ...y á fe que no se pase el día de mañana sin que dellos (los libros) no se haga acto público. — Que la manía persecutoria contra los libros caballerescos ha durado siglos, se deduce de la lectura «de varios pasajes de una curiosísima representación que los libreros del reino hicieron, en 1664, al Consejo de Castilla, en solicitud de que se les dispensase del pago de alcabala; se deduce — repetimos — que la destrucción de *libros caballerescos*, verificada después de publicado el *Quijote*, fué enorme. En unos apuntes manuscritos que D. Fernando Arias Quijano, Caballero de Alcántara y vecino de Cáceres, dejó en 1652 á sus hijos, D. Juan y D. Enrique, y que hemos visto originales, se encuentra un hecho que lo comprueba. Dice que, habiendo ido á Salamanca á estudiar cánones y teología por disposición de sus padres, á su vuelta, en 1623, halló que unos libros de caballerías y otros de entretenimiento, á cuya lectura había sido muy aficionado en su mocedad, habían sido entregados á las llamas. «Diólos mi madre y señora, D.^a Jacinta Arias, á Periquín el molinero para que los quemase, y yo lo sentí, por cuanto entre ellos había algunos de poesía que no merecían tan negra suerte.» (GAYANGOS. *Libros de Caballerías*, pág. LX.)

17. *Mirá en hora mala.* — «El ama hablaba con muchos, y así no pudo decir *mira* en singular. Debió ponerse *mirá* con acento en la última, según se halla

á mí bien mi corazón del pie que cojeaba mi señor! Suba vuestra merced en buen hora, que sin que venga esa urgada^a le sabremos aquí curar. ¡Malditos, digo, sean otra vez y otras ciento estos libros de caballerías, que tal han parado á vuestra merced!»

a. ...Urganda. C.₃, BOW., A.₂, ARR., RIV., GASP., MAI.

en las ediciones primitivas. Pellicer, que hizo oportunamente esta observación, añadiendo que entonces se escribía así la segunda persona de plural del imperativo, no se atrevió, sin embargo, á corregirlo en su edición, y prefirió poner *mirad*, como ahora decimos. Pero debió tener presente, no sólo que ya desde muy antiguo solía ponerse *tomá* por *tomad*, *comé* por *comed*, según testimonia el autor del *Diálogo de la lengua*, sino que no siempre era libre hacer la enmienda que él hace añadiendo la *d*, porque muchas veces no lo permite el metro, como en aquel romance del Cid:

«Elvira, soltó el puñal, — doña Sol, tiradvos fuera,
Non me tengades el brazo, — dejadme, Doña Jimena...»
(Número 70 de la colección de Juan Escobar.)

Lo propio sucede en el romance morisco de Azarque:

«Azarque dió una gran voz, — diciendo, abri esas ventanas;
Los que me lloráis, oidme. — Abrieron, y así les habla...»
(Romancero general de Pedro de Flores, parte 3, folio 81.)

Son frecuentes los ejemplos en el *Cancionero general* y en los poetas antiguos y modernos, de los que se toman pruebas más concluyentes que de los autores prosaicos, porque la lectura se afianza en la medida de los versos, que de otro modo no constarían. En el tiempo de Cervantes se encuentra repetido lo mismo á cada paso. En la *Enemiga favorable*, comedia del canónigo Tárrega, dice el Rey á la Reina:

«Venid, Reina, al aposento,
Entretené al Duque un rato.»

Lope de Vega hizo lo mismo en muchos pasajes de sus composiciones dramáticas. Para hablar también de libros caballerescos, en *Don Policisne de Boecia* es muy común la supresión de la *d* final del imperativo, como *entrá*, *tañé*, por *entrad*, *tañed*. En el *Espejo de Príncipes y caballeros* (parte I, libro I, cap. 12), se cuenta que la Princesa Briana se retiró á parir ocultamente, siendo sabidora de ello su doncella Clandestria, que parió dos gemelos que fueron el Caballero del Febo y Rosicler; y que, lamentándose Briana de haberlos de dar á criar fuera de su vista, le dijo Clandestria: *Mirá, señora, que agradecéis muy poco á Dios las grandes mercedes que os ha hecho*. He aquí el *mirá* del ama de D. Quijote.»

Hasta aquí el erudito Clemencin. Fuera de esto, hase advertido ya, en la página 47, que en ello seguimos al príncipe de los escritores, quien no una, sino varias veces, enseña á no confundir estas segundas personas.

1. *Suba vuestra merced en buen hora, que, sin que venga esa urgada, le sabremos aquí curar*. — Antójasenos que el tono despectivo de *esa urgada*, que la ironía de la frase toda, es más honda de lo que pareció á los comentadores, quienes la juzgaron hermana gemela de *Esquife* por *Alquife*. Y ¡cómo no, si el pueblo tuvo siempre borla de doctor en achaque de intencionados equívocos!

Llevaronle luego á la cama, y, catándole las heridas^a, no le hallaron ninguna, y él dijo que todo era molimiento, por haber dado una gran caída con Rocinante, su caballo, combatiéndose con diez^b jayanes, los más desaforados y atrevidos que se pudieran fallar en gran parte de la tierra.

«— ¡Ta, ta! — dijo el cura. — ¿Jayanes hay en la danza? Para mi santiguada, que yo los quemé mañana antes que llegue la noche.»

a. ...heridas. MAI. = b. ...trece. ARG.₂.

La inocencia de los comentadores, que atribuyen á simple equivocación de humilde lugareña el *urgada* por *Urganda*, se hace patente recordando que, en el dialecto rufanesco, se da el nombre de *hurgamandera* á ciertas mujeres, epíteto, en verdad, poco favorable para una señora.

6. *Para mi santiguada que yo los quemé mañana antes que llegue la noche*. — La expresión familiar *para* ó *por mi santiguada*, que de ambas maneras se dice, es una especie de juramento equivalente á *en fe de la cruz que hago cuando me santiguo, juro*, etc. Muy del gusto de Cervantes, úsala, no pocas veces, en sus obras:

«BERGANZA. — Señor alguacil y señor escribano, no conmigo tretas, que entreveo toda costura; no conmigo dijés ni poleos, callen la boca, y váyanse con Dios; si no, por mi *santiguada* que arroje el bodegón por la ventana, y que saque á plaza toda la chirinola desta historia...» (*Coloquio de los perros*.)

«BERGANZA. — ...si lo dices por mí, chocarrero, ni yo soy ni he sido hechicera en mi vida; y si he tenido fama de haberlo sido, merced á los testigos falsos y á la ley del encaje y al juez arrojadizo y mal informado, ya sabe todo el mundo la vida que hago en penitencia, no de los hechizos que no hice, sino de otros muchos pecados ó otros que como pecadora he cometido: así que, socarrón tamborilero, salid del hospital; si no, por vida de mi *santiguada* que os hago salir más que de paso...» (*Coloquio de los perros*.)

«— Pues ¿qué? — dijo otra moza. — ¿Ya se quedan en casa estos mancebos? Para mi *santiguada* que, si yo fuera camino con ellos, que nunca les fiara la bota.» (*La ilustre fregona*.)

«— Malo, — dijo el mozo de mulas; — malo, vive Dios; ¿bandoleritos á estas horas? Para mi *santiguada* que ellos nos pongan como nuevos.» (*Las dos doncellas*.)

Que esta expresión no fué ajena á nuestros clásicos, lo prueban los muchos ejemplos que pudieran aducirse. Basten estos:

«— Calla, que para mi *santiguada*, do vino el asno venia la albarda.» (*La Celestina*, acto I.)

«BEATRIZ. Mi ánima sea maldita
Y por Dios excomulgada
Por toda mi *santiguada* (1)
Y por esta cruz bendita,
Señora, que yo no sé
Porque te hayas enojado.»

(ROJAS. *Donde hay agravios no hay celos, y amo y criado*, jorn. I.)

(1) En fe de las tres cruces al persignarme.

Hiciéronle á D. Quijote mil preguntas, y á ninguna quiso responder otra cosa sino que le diesen de comer y le dejasen dormir, que era lo que más le importaba.

Hízose así, y el cura se informó muy á la larga, del labrador, del modo que había hallado á D. Quijote. Él se lo contó todo, con los disparates que al hallarle y al traerle había dicho, que fué poner más deseo en el licenciado de hacer lo que otro día hizo, que fué llamar á su amigo el barbero maese Nicolás, con el cual se vino á casa de D. Quijote.

«— Por mi *santiguada*, señor Quijada, que si esta gente viniera por aquí hoy hace seis meses, que á vuesa merced le pareciera una de las más extrañas y peligrosas aventuras que en sus libros de caballerías habria jamás oido ni visto.» (*Quijote* de AVELLANEDA.)

Si intentáramos rastrear el origen de la expresión que se comenta, acaso derramase alguna luz la siguiente cita del *Poema del Cid*, donde el *santiguando* parece significar: *jurando*.

«El Rey Don Alfonso seyse *sancliguando*,
Minaya é Pero Bermúdez adelante son legados;
Fisieronse á tierra, decendieron de los cavallos;
Ant' el Rey Alfonso los hinoios fincados,
Besan la tierra é los pies amos;
Merced, Rey Alfonso, sodes tan ondrado.»

(Edición SÁNCHEZ. — Versos 1849-54.)



CAPÍTULO VI

Del donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo

EL cual aun todavía dormía. Pidió las llaves, á la sobrina, del aposento^a donde estaban los libros autores del daño, y ella se las dió de muy buena gana; entraron dentro todos y la ama con ellos, y hallaron más de cien cuerpos de libros grandes muy bien encua-

a. Pidió á la sobrina las llaves del aposento. ARG.,^{1.º} BENJ.

ADVERTENCIA. — Exaltadas las imaginaciones ante el cuadro deslumbrador que el Oriente ofreció á los ojos de Europa en su épica peregrinación á Tierra Santa, vióse surgir, de entre el polvo de aquellas memorables batallas, un nuevo y muy esforzado campeón, que diríase terrible valladar contra la prolongada tiranía de no pocos en pasadas centurias: era la caballería andante, cuyos héroes, copiados en un principio de modelos vivos, á fuer de magnates ilustres, agujaban sus caballos con espuelas de oro, y, convertidos en adalides de la justicia y de la hermosura, se esparcieron aquí y allá, invitando á todos á quebrar una lanza por su dama, por su honor y por su patria.

«Ni los veteranos del emperador, — dice elegante crítico (1), — ni los compañeros de Hernán Cortés, ni sus deudos y amigos, ni los que con mal reprimida impaciencia esperaban la hora del enganche en compañía de capitán afamado para pelear en Flandes, ó en Italia, ó en las Indias, con herejes ó idólatras, podían encontrar mayor incentivo, ni más alentador y provocante del valor proverbial de la raza que se enseñoreaba del mundo, que la asombrosa narración de hazañas, por lo temerarias, casi siempre imposibles.»

Esas narraciones contenidas en los libros de caballerías, llamados á ser alma y espejo de la sociedad del Renacimiento; esas narraciones que, como la

(1) D. Francisco de P. Canalejas.